

DOMINGO XXVII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 5, 1-7): *Esperaba diese uvas, pero dio agrazones.*

Salmo (79, 9.12-16.19-20) «*La viña del Señor es la casa de Israel*»

2ª lectura (Filipenses 4, 6-9): *La paz de Dios, custodiará vuestros corazones.*

Evangelio (Mateo 21, 33-43): *Plantó una viña y la arrendó a unos labradores.*

Llevamos ya tres domingos en los que la viña aparece como el entorno sobre el cual se desarrolla el mensaje bíblico. En todos los casos se trata del cuidado de la viña, de las tareas que hay que realizar como criados o como hijos del dueño. Y en todos los pasajes se habla del señor de la viña que confía las tareas, pero sin perder la capacidad de juzgar estas tareas hasta el punto de premiar con generosidad a los colaboradores.

El canto de la viña que nos ofrece el texto de Isaías, trata este tema en un poema de amor. La viña es la niña que enamora y requiere atenciones que la haga fructífera. El dueño es un amigo del poeta a quien su amo encargó este canto. Nos recuerda la gran estima que tiene el dueño por su viña. El esmero por preparar bien el terreno y plantarlo con buenas cepas, lo tuvo el dueño confiado en que la viña daría uvas abundantes para comer y también para preparar un buen vino en el lagar. El poeta nos dice que el dueño construyó una torre que dominaba la viña, casi para indicarnos que ese era el lugar y símbolo del dominio sobre ella. Pero la viña no respondió al esmero y estima de su señor, a quien defraudó ofreciéndole agrazones en lugar de darle buenas uvas.

¿Por qué la viña no dio buenas uvas? Esta pregunta se hace trágica cuando la viña ya no es sólo la historia de un pueblo elegido, sino que la verdadera vid, la buena cepa, es el esmero continuado de Dios Padre, que nos ha enviado a su Hijo y nos ha injertado su savia divina para que produzcamos frutos dignos de su bondad. No queremos crecer de acuerdo con esa savia, que alimenta y transforma nuestra actitud sin anular toda la energía de nuestras raíces que han de canalizar todo su vigor a través de ese injerto que es la garantía de buenas uvas y no de agrazones.

Acabamos creyendo que la fuerza y el producto de nuestro obrar radica en el crecimiento y desarrollo de nuestro propio yo y que podemos prescindir de la acción continua y vivificadora, del cuidado esmerado y solícito que Dios concede a su viña. No basta con el cuidado que Dios tiene de su viña. Quiere el dueño de la vid una respuesta libre a los cuidados que por ella continúa haciendo. Esa simbiosis de lo divino y lo humano que se produce al responder también con esmero a la acción divina garantiza frutos buenos y abundantes.

¿Cuidado con la viña que ella es la niña de los ojos del Señor! No descuidemos responder con agradecimiento a todo el cuidado que Dios ha puesto en su viña: su Hijo predilecto que asegura buena uva a los sarmientos crecidos y alimentados con su savia. La viña del Señor es su pueblo, su plantel preferido. ¿Qué más cabía hacer por mi viña que yo no lo haya hecho? ¿Por qué, esperando que diera uvas, dio agrazones? Esperó de él derecho, y ahí tenéis: asesinatos, esperó justicia, y ahí tenéis: lamentos. Perdimos la paz del Señor por otras preocupaciones que nos impidieron prestar la atención debida a lo justo, que es lo que el Señor espera siempre de nosotros.

¿Por qué andáis agobiados con tantas cosas? En toda ocasión y en cualquier circunstancia conviene recordar que Dios es nuestro padre, y nadie mejor que Él puede resolver todos nuestros problemas. Antes de iniciar cualquier proceso de solución deberíamos presentar de una manera clara y eficaz nuestras dificultades ante el Dios de la paz, para que mantenga firmes nuestros corazones e ilumine nuestros pensamientos sin dejarnos dominar por el pesimismo que genera el no ver la solución a nuestros problemas.

Reconociendo con agradecimiento esta ayuda divina, elevamos nuestras súplicas al Altísimo para que su intervención se haga viva en nuestras consideraciones. El apóstol Pablo es muy concreto a la hora de indicarnos el camino para conseguir la paz de Dios en todo momento. Debemos centrar toda nuestra atención en aquello que es verdadero, noble, justo, puro, amable y laudable. No nos brinda una solución al problema, sino que nos ayuda a plantearlo correctamente. Quizás esta sea la razón por la que Jesús respondía a los que se quejaban de que oraban y oraban y no conseguían lo que pedían. Nos urge solucionar un problema y no prestamos la mínima atención a su correcto planteamiento.

Según la respuesta del evangelio la garantía para conseguir lo que pedimos radica en aceptar lo verdadero, lo justo, lo que ciertamente tiene reservado para nosotros nuestro Padre Dios. Sólo la conciencia de que nuestro Padre celestial conoce mejor que nosotros lo que en cada momento nos conviene, y que no nos va a privar de concedérselo, ya que apacigua nuestra ansia y la convierte en esperanza serena para ponernos manos a la obra y proceder según lo que Dios nos dé a entender. El principal motivo de nuestro desvío de la voluntad divina es siempre nuestro egoísmo, es decir la apropiación ilegítima de ese regalo que Dios nos ha dado al concedernos la viña para que la trabajemos.

Puede parecernos duro el mensaje que nos transmiten el canto de Isaías y la parábola de los viñadores: el fruto de la viña es para el Señor de la viña, nosotros sólo somos sus trabajadores. Nos ha confiado la viña, se ha fiado de nosotros y ha esperado recoger su fruto. Pero nosotros nos hemos enamorado de la viña y la hemos tratado como si fuera nuestra, olvidando que todo es del Señor; incluso nosotros somos sus colaboradores por la gracia, que nos ha concedido, esperando que respondiéramos libremente con fidelidad. Hemos olvidado que la presencia de Dios en nuestra vida es la única que avala esa fidelidad; cuando prescindimos de Él perdemos la condición de colaboradores y nos convertimos en usurpadores de la viña.